

á cabo el arreglo que Boet había aceptado; pero en el momento de ajustarse, éste se negó á devolver los papeles, y todo quedó interrumpido. Intentóse entonces poner de por medio á la reina Isabel, lo cual también fracasó. En suma, Alex y Erdavide devolvieron los diamantes, partieron, yo también me marché, y durante algunos días no supe más.

Recibí una nueva carta de Boet diciéndome que fuese á verlo en París, en casa de Mr. Girard, quien me revelaría su domicilio, presentándole las contraseñas de *Daroca y Carriena*. Fui en seguida, y hallé al señor Boet, quien me dijo que le siguiese á otra parte. Condújome á un hotel, pidió tintero y papel, una botella de ron y copas, y poniéndome licor, me dijo:

—Querido Retamero, don Carlos es un miserable, un truhan, un pillo; quiere reñir conmigo, y yo le destronaré de pretendiente. Le hago saber á usted que estamos preparando la regencia de su hermano don Alfonso de Este, y entonces yo y usted seremos todo lo que querremos. Voy ahora á acusar á don Carlos de haber fingido el robo del Toison, para venderse la joya y gastar el dinero en placeres, y como estoy solo, espero que usted no me abandonará.

Yo le contesté:

—Mi general, haré cuanto usted me mande.

Grandes rumores en el público, risas, silvas, movimiento general de escándalo é incredulidad.

—¡Qué modo tan torpe de mentir! se dicen los espectadores.

—¡Qué inverosimilitud!

—¡Qué escándalo!

—¡Qué cinismo!

Boet contempla á Retamero sonriéndose y moviendo la cabeza.

Retamero. Entonces el señor Boet me dijo:

—Ya tengo pensado lo que ha de hacer usted. Declarará en falso; pero he urdido tan bien la mentira, que usted no correrá ningún peligro.

—Estoy á las órdenes de usted, mi general, contesté.

Nuevos rumores de indignación é incredulidad. Retamero está pálido como un muerto, y hace visibles esfuerzos para no desconcertarse, oyendo y viendo aquellas demostraciones del público.

Retamero. El señor Boet me propuso que declarase todo lo que primeramente dije al juez; que escribiese allí mismo la segunda carta del 4 de Marzo, para poder declarar que traje de su parte dos al señor en vez de una, como una fué la que entregué al duque de Madrid. Yo me presté á hacerlo todo, y escribí y aprendí todo lo que me dictó y refirió...

Nuevos rumores y agitación en todas partes. Oyese una prolongada silba en todos los bancos de la Audiencia. Hasta las señoras silban estrepitosamente.

Retamero. Cuando estuve bien enterado, y supe bien de memoria todo lo que Boet me pidió que fingiese...

El público prorrumpe en otra silba general.

Retamero. Entonces el señor Boet me despidió diciéndome que quedaba satisfecho de mí, y que cuando se depusiese á don Carlos ya se acordaría de premiarme...

Nuevos rumores en el público.

Retamero. Añadió que iba á partir para Roma, donde se proponía acusar á don Carlos, bajo los secretos auspicios de la embajada española; pero que ahora esperaba unas cartas y dinero que le había de enviar el embajador español en Francia, pues para ganar pensaba echar mano de resortes alfonosinos. Yo partí, y al llegar á Tours, me presenté en seguida al juez, pues el día antes de marcharme á París, ya me había citado, pero yo le pedí una próroga que él me concedió. Una vez en el juzgado, declaré en falso...

Grandes rumores, agitación.

Retamero. Conté todo lo contrario de lo que había sucedido, fingí estar convencido de la inocencia de Boet, dije que el 4 de Marzo entregué dos cartas, y no una; en fin, hice cuanto Boet me había mandado.

Murmillos, silbidos, agitación en el público.

Retamero. Mientras el señor Boet estuvo en Roma me carté frecuentemente con él, quien me escribía de continuo instruyéndome acerca de lo que debía declarar y del modo de hacerlo con mas eficacia. Yo le informaba de cuanto ocurría en el partido legitimista y en el carlista, y le contaba la defensa que hacía de su conducta siguiendo sus órdenes. El señor Boet procuraba conservar mis ilusiones, dándome á

entender que tenía el apoyo de los alfonosinos españoles, y que por este medio vencería con facilidad al señor, ganando la causa del Toison. Asimismo me decía que los trabajos para hacer abdicar al duque de Madrid proseguían, y que era segura la proclamación del heredero de éste con la regencia del infante don Alfonso. En esto me envió su *manifiesto de Turin* con una carta donde me decía que había pensado dar á luz este documento con objeto de hundir á don Carlos, y que deseaba saber mi opinión.

Entonces empecé á abrir los ojos, y conocí que el señor Boet quería matar al partido. Contestéle, pues, que no aprobaba aquella publicación, y que esperaba que no la realizaría. En vez de desistir, dió á luz su manifiesto. Yo me arrepentía ya de haberle secundado, y la conciencia me recordaba de haber declarado en falso...

Rumores, movimiento general de incredulidad en el público.

Retamero. Consulté el caso con varios amigos, quienes me aconsejaron todos que me retractase, ya que todavía era tiempo. Escribí al padre Maldonado consultándole también el caso, y me escribió lo mismo. Entonces determiné contar la verdad...

Risas en el público.

Retamero. Escribí inmediatamente á Boet, dándole aviso, y también á don Carlos, arrepintiéndome de mi culpa y pidiéndole perdón...

Risas generales en todas las tribunas.

Retamero. El señor se dignó, perdonarme...

El público vuelve á reirse. Retamero está lleno de angustia, su rostro parece verde, de su frente cae abundante sudor.

Retamero. En seguida recogí todas las cartas y telegramas del señor Boet, escribí una retractación, y no atreviéndome á presentarme al juez, lo mandé todo al señor, quien se sirvió mandarlo al tribunal. Poco después el juez de Tours me llamó para saber si lo sostenía, y le dije que sí, porque la primera declaración la había dado por haberme seducido el señor Boet...

Rumores, silbidos, risas en todas partes.

Retamero. Añadió que solo la segunda era la buena y exacta...

Nuevos rumores y silbidos de parte del público.

Retamero. En el mes de Setiembre del mismo año recibí una carta de Milan, firmada por el conde de Bourgade, donde se me decía, que habiendo escrito contra don Carlos muchas injurias cuando estaba de acuerdo con Boet, esto había producido muy mal efecto al juez, porque Boet le había entregado á éste mis cartas. Con el objeto de desorientarle, el conde me decía que convenia copiase una minuta que me enviaba, donde yo declaraba que Boet era el verdadero autor de aquellas cartas, pues él me enviaba los borradores, y yo hacía con ellos dichas cartas, con lo cual Boet se proponía tenerme siempre cogido. El conde de Bourgade decía que presentaría al juez esta declaración.

Creiendo yo que aquella carta y la minuta eran del verdadero señor Bourgade, copié la minuta, firmela, y se la remití con una carta mia, donde contestaba á diversas preguntas que me dirigía. Puse en la carta los sobres que me indicó, escribiendo en uno interior *Sr. Conde de Bourgade*, y en otro exterior *Señora Gigola, Milan*. Recibí en seguida otra donde me pedían la anterior que me habían enviado y la que entonces me remitían, y yo obedecí, aunque por descuido me quedé un sobre. Pero habiendo luego sospechado, avisé al señor Esparza, quien supo en seguida que hacía tiempo que el conde de Bourgade estaba fuera de París, y que no me había escrito ninguna carta, lo cual indicaba que Boet me había enviado aquellas cartas, falsificando la firma del conde. He dicho.

El público murmura prolongadamente.

Terminada la historia de Retamero, el Presidente empieza las repreguntas.

Presidente. ¿A quién ha entregado usted todas las cartas y telegramas?

Testigo. A don Carlos.

Presidente. ¿Ha escrito al conde de Bourgade?

Testigo. Nunca.

Presidente. ¿Conocería usted la escritura de Montes?

Testigo. No.

Presidente. ¿Conocería los billetes contraseñas?

Testigo. Probablemente.

El Presidente manda enseñárselos, y los reconoce todos, menos el que dice *sin capucha*.

Presidente. ¿Tiene intimidad con su amigo Madrid?

Testigo. Sí, sobre todo la tenía en aquel tiempo.

Presidente. ¿Le ha hablado éste algunas veces de conocer la existencia de las contraseñas?

Testigo. No.

Presidente. ¿Cuánto tiempo ha estado al servicio de Boet como ayudante?

Testigo. No me acuerdo.

Presidente. ¿Ha tenido usted dinero del partido?

Testigo. Boet me consignó algunas cantidades para llevarlas a Bayona, creo que á la señora Boet, y á otras partes; y las cantidades eran más ó ménos pequeñas.

Presidente. ¿De dónde sacaba Boet ese dinero?

Testigo. Como general en jefe disponía de él.

Presidente. ¿Ha prestado dinero á Boet?

Testigo. Sí, pero deseo que no se hable de esto.

Invitado el fiscal á repreguntar, pide que se lean las cartas del 4 de Marzo, y que Retamero declare cuál fué la que verdaderamente entregó. Pero se suspende este exámen para dar la palabra á Campi, que pide permiso de notar las contradicciones en que Retamero ha incurrido entre su retractacion escrita y las explicaciones que ahora ha dado. Habiéndosela concedido, Campi, con su ironía acostumbrada, dice:

—Retamero nos ha dicho hoy que segun Boet le refirió, don Carlos ofreció á Boet 40,000 francos para que se batiese con Petrovano en Rumania, cuando antes no nos había hablado de una cosa tan festiva; nos ha dicho que los primeros diamantes estaban empeñados en 20,000 francos, de lo cual antes nunca habló; y que en París Alex y Erdavide le habían contado los esfuerzos hechos para ocultar á Boet, de lo cual tampoco nos había hablado. Bueno será tenerlo presente.

Dugnani se levanta todo amoscado.

—Si con esto, exclama, se quiere producir efecto...

Presidente. Basta. ¿Que contesta el testigo á estas contradicciones?

Testigo. Me parece que lo dije.

Campi. No.

Testigo. Como no tenía documentos en que apoyarlo, lo callé.

Campi. ¡Yal!

El público se sonríe y murmura.

Se pasa á leer las dos cartas del 4 de Marzo, y el fiscal se levanta y dice:

—Ruego á los Jurados tengan presente que habiendo Boet dicho que ambas cartas hablaban de cosas diferentes, estén atentos á la lectura, pues segun mi dictámen, hablan de lo mismo.

Estas cartas se dividen en una larga y en otra corta; Retamero declaró primero haber entregado las dos, y al cambiar de frente declaró que solo presentó la primera, y que la segunda Boet la inventó cuando se vió perdido, haciéndosela copiar á él para presentarla al juez. Las dos cartas son tan diferentes, que se vé desde luego que la una no podía embeberse en la otra, aunque la más larga, que Retamero y don Carlos confiesan, empieza hablando tambien de una calumnia de que era víctima Boet entre los carlistas; pues se vé en seguida que dicha calumnia no se refiere á nada del Toison.

Además, la carta confesada por la parte carlista, confirma una multitud de datos importantes que el señor Boet dió sobre su salida de Bayona y morada en casa de Alex. Al final de la carta se ocupa del mensaje de mala indole que Esparza había dado á Retamero, haciéndole aparecer como sospechoso, y tendiéndole un lazo infame; y dice que lo desprecia, porque no era la primera vez que había sido objeto en el partido carlista de calumnias. Esto alude á ciertas murmuraciones que habían corrido sobre doña Margarita y él.

En la otra habla claramente á don Carlos del As, y le dice que si no se pone coto á los rumores que circulan, él se verá obligado á contar lo que pasó, lo cual será de funestos resultados para don Carlos. Terminada esta lectura, se levanta la sesion.

Las censuras contra el Presidente son enérgicas y unánimes, y todas las personas sensatas se lamentan de que se dé á los extranjeros una idea tan triste de la magistratura italiana. El señor Ronchetti ha presentado á la superioridad una reclamacion escrita quejándose de las injurias recibidas ayer, y protestando enérgicamente de ellas.

La hostilidad manifiesta del Presidente contra Boet ha atraido tantas simpatías á éste como sus

mismas explicaciones. La moderacion y firmeza del Acusado contrastan tanto con la mezquindad, la falta de respeto, la violencia y los gestos de desprecio con que le habla el señor Paribelli, que no hay nadie que no se compadezca de la mala suerte que ha tenido aquel, al caer bajo el dominio de un hombre tan incompetente en todos conceptos.

XXV.

Al abrirse la sesion del 8, el Presidente toma la palabra, que cede al Fiscal, el que pide la lectura de diferentes documentos, entre los cuales hay algunos donde Retamero desaprueba algunas expresiones del manifiesto de Boet al partido y á la nacion, cuyo borrador le había enviado, para saber su dictámen. En una de las cartas de Boet y Retamero se vé claramente que éste se hallaba de parte de aquel, mucho tiempo antes de la escena de la seducción que ayer contó. En otra carta Boet le dá instrucciones sobre el modo de declarar, diciendo que no diga más que la verdad, pero que vaya al bulto, que no se deje distraer, que cuente bien todos los detalles de la escena donde don Carlos recibió la segunda carta del 4 de Marzo, que los pinte al vivo, y ruegue al hijo de Mr. Viollet que tambien lo tenga presente, ya que se lo ha oido contar á él muchas veces.

Fiscal. Diga Retamero qué cartas son esas del 9 y 23 de Marzo que tanto le recomendaba el Acusado.

Testigo. Las que fingimos en París Boet y yo.

Fiscal. En esas cartas se habla tambien de un asunto Sangran. ¿Qué viene á ser esto?

Testigo. Creo que Sangran había prestado 3,000 francos á Boet. No sé más.

El fiscal hace leer otras cartas, donde Boet continúa dando consejos á Retamero, bien que siempre diciendo que no declare más que la verdad. En otra carta de Roma, le manifiesta que los que se han encargado de dar un pedazo de pan á su familia durante este proceso, le han preguntado si Retamero no se vendería á sus enemigos, á lo cual él ha contestado que *podía responder de él*. Le aconseja que no hable de la entrevista que tuvo con él en París, porque

como esto no tiene nada que ver con el proceso, vale más que no se sepa á fin de que no se hagan comentarios.

Fiscal. Pregunto ¿por qué quemaba el Acusado la correspondencia de Retamero?

Acusado. Porque tenía tanta confianza en su lealtad, que no temía que nunca la necesitase para probar que Retamero en este proceso era mucho más ardiente que yo. La policía podía hacer un registro, y entonces se hubiera hecho lo que ahora; aquellas cartas se hubieran interpretado contra mí, y aunque no me podía hacer daño el conocimiento de los preparativos de lucha que contenían, tampoco podían hacerme ningun bien.

Retamero. La quemó, porque no le convenía conservarla. Hé aquí por qué.

Se procede á leer otras cartas del mismo género.

Dugnani. ¿Qué carta es esa de que se habla aquí para enviar á los diarios franceses?

Testigo. Yo estaba indignado de los ataques que entonces la prensa francesa daba á mi general, y de *motu proprio* escribí una violenta carta á los diarios, defendiéndole. El señor Boet me reprendió por esto, y me hizo despues escribir otra, más moderada, que me dictó.

Acusado. Si se me permite añadiré que el señor Retamero, que pretende que yo le seduje, antes de la seducción estaba tan furioso é indignado contra don Carlos por su conducta conmigo, que espontáneamente, como él mismo acaba de declarar, publicó aquella carta violenta en un diario de Tolosa. En cuanto á la que yo le dicté, era tan moderada y reservada, que se reducía á suplicar al público que suspendiese todo juicio hasta el fin de la causa. ¿Tiene presente Retamero la fecha de la primera carta, de aquella tan violenta?

Testigo. No lo recuerdo.

Acusado. Era antes de la época en que lo seduje, segun él dijo.

Se leen otros documentos, entre los cuales hay un telegrama de Boet á Retamero, que dice: «Sepa que he dejado suspendida mi denuncia á ruego de usted. Espero impacientemente su contestacion. Le aseguro que si me obligan, mi defensa será terrible.»

Fiscal. ¿Qué significa este telegrama?

Retamero. Significa que el día que el señor Boet me entregó las cartas del 4 de Marzo...

Boet. ¡Hola! ¿Con qué las cartas?

Retamero. He dicho la carta...

Acusado. No. Las cartas...

El Traductor. Señor Presidente, el testigo ha dicho las cartas...

Retamero. Me he equivocado. Quería decir la carta...

El público prorrumpe en rumores. El Presidente invita á Retamero á explicar aquel telegrama, y Retamero dá una explicacion oscura, que no se comprende. Pero el fiscal se dá por satisfecho. Se enseña despues á Retamero una carta suya á Boet que aquel niega, y sobre la cual se vé que hay una equivocacion que confunde á todo el mundo. Esta carta es la famosa del 9 de Marzo que Retamero dice haberle sido dictada por Boet en Abril.

Acusado. ¿En qué día?

Retamero. Sobre el 10 de Abril.

Boet. Desearía que se leyese el careo que en Milan tuve con el testigo.

El Presidente ordena que se dé lectura del documento, sobre el cual nadie hace observaciones. En este documento hace Retamero muy mal papel.

Fiscal. ¿Quién copió la carta larga del 4 de Marzo?

Retamero. Mi amigo Madrid.

Fiscal. Que se lea la copia de ese Madrid, ya que no se ha presentado.

Dugnani. Conste que ese Madrid es el mismo á quien Boet alaba tanto en una de sus cartas.

Boet. Conste tambien que le daba esos elogios en una carta anterior á la época en la cual se pretende que sedujo á Retamero.

Aquí surgió un incidente entre los abogados, que proporcionó una silba á Brasca.

Presidente. Silencio, señor abogado Brasca. Yo no he oido que el señor Campi le insultara á usted.

—Los abogados de la defensa, exclama Brasca, me disparan flechazos por el detrás.

El público se echó á reír á lágrima viva, y la hilaridad fué tan espontánea, que los mismos jurados no pudieron escaparse de ella.

Terminado este incidente, Campi pide la lectura de las primeras declaraciones de Retamero en Tours. En estos interrogatorios, Retamero pinta á Boet como un modelo de honradez; como un gran militar; como un hombre digno, víctima de una intriga infame y describe la conducta de Carlos como la del canalla más vil y corrompido que jamás haya existido. Cuenta punto por punto las cosas tales como las narró Boet; presenta los documentos como auténticos; se muestra lleno de pasion, acaloradísimo, indignado, y á cada pregunta contesta con frases que revelan una gran espontaneidad y conviccion. El efecto es profundo, y como resulta un contraste tan y tan grande, y tan y tan destacado, impresiona vivisimamente al público, que no hace más que cambiar breves palabras, fijando en Retamero las miradas más escrutadoras, sonriéndose y moviendo la cabeza; los jurados no hacen más que comparar la fisonomía de Boet con la de Retamero, y observar la actitud, calma y natural de aquel, á pesar de los enormes cargos que Retamero le ha dirigido en las sesiones anteriores acusándole de una corrupcion tan grande, que quizá no hay otra comparable en los anales judiciales.

Al levantarse la sesion, Brasca y Ronchetti se traban violentísimamente de palabras; los gritos más frenéticos estallan en el aula; los dos abogados se acusan uno á otro, y reina una confusion indescriptible. Al fin el Presidente puede hacerse oír; calma á los dos contendientes, y se averigua que Ronchetti tiene razon. El público saluda con una espantosa silba á Brasca, que sale rojo de ira y rabia.

XXVI.

Se abre la sesion del 9 á la hora acostumbrada, y el Presidente da la palabra al abogado Brasca para hacer á Retamero unas preguntas que no ofrecen novedad.

Brasca. ¿Quién pagó al testigo el primer viaje que hizo?

Retamero. Yo mismo.

Brasca. ¿Estando el testigo la primera vez en casa de Alex se habló delante de esta familia del robo del Toison?

Retamero. Nunca.

Brasca. ¿Dijo Boet en casa de Alex, «yo no seré la débil caña que se doble, sino el roble que se hace pedazos?»

Testigo. No, señor.

Brasca. El 4 de Marzo, teniendo las cartas que pretende haberle dado Boet, y habiéndole hallado á usted Alex en la estacion, cuando usted iba á partir, ¿esta llegada fué casual ó determinada, y cuántas cartas hizo leer á Alex en la estacion?

Retamero. Fué una llegada determinada y le hice leer una carta.

Brasca. ¿Fué verbal la respuesta de Boet que dió Retamero para Esparza, el 4 de Marzo?

Testigo. Fué verbal.

Brasca. ¿Qué decía?

Testigo. Lo mismo que el telegrama que consta en autos con fecha de pocos dias despues.

Brasca. Que se lea el interrogatorio que señalaré de Boet.

Boet. Deseo tambien que se lea el telegrama.

Se pasa á leer el interrogatorio, que resulta ser una Memoria, y el telegrama, donde no se halla nada nuevo, aunque Brasca cree hallar algo en el interrogatorio, de lo cual nadie hace caso.

Brasca. ¿Qué día salió la primera vez de Paris para Tours?

Retamero. Sobre el 6 ó el 7 de Marzo

Brasca. ¿Pues entonces cómo se explica que el día 9 de Marzo escribió á Boet en Paris?

Testigo. No escribí nada.

Brasca. Boet pretende que sí, pregúntese á Boet si conserva el sobre.

Boet. No conservo los sobres de casi ninguna carta.

Brasca. ¿Y qué dice Retamero?

Testigo. Esa carta del 9 de Marzo, fué finjada. Me la dictó el mismo Boet, cuando hicimos la comedia.

Brasca. Pido que se lea el telegrama de Boet á Retamero el 9 de Marzo dirigido á Tours.

Se lee, y Boet dice:

—Estoy muy contento de este telegrama, porque prueba que la carta no fué finjada. Yo me hallaba el 9 de Marzo fuera de Tolosa y de la casa de Alex, y

como no sabía ni donde estaba Retamero, ni si me había escrito, impaciente telegrafíé á Tours, preguntándole si me había escrito desde Paris, pues no había aún recibido su carta. En este telegrama se habla tambien de una carta que yo había recibido. Pero era anterior. La carta del 9 de Retamero, fué al hotel de Tolosa, donde me la guardaron hasta que yo volví despues del 10 á Tolosa, como podria declararlo el mismo dueño, que fué quien me informó de ello.

Dugnani. ¿Por qué puso en aquel telegrama que estaba enfermo?

Boet. Porque despues de las cartas del 4 de Marzo, escribí á don Carlos una carta violenta, y di el pretexto de que estaba enfermo para no verme obligado á volverle á escribir.

Brasca. Retamero, ¿entregó los diamantes bajo condiciones?

Testigo. Ninguna.

Brasca. ¿Le dijo Boet espontáneamente que el resto estaba empeñado por 18.000 pesetas?

Retamero. Me parece que sí.

Brasca. ¿Sabe si Boet se ha escondido cuando usted le telegrafió que su esposa y suegra estaban presas?

Retamero. El señor Alex y el cura Erdavide me dijeron que sí.

Brasca. ¿Sabe más?

Retamero. No, señor?

Brasca. ¿Quién llevaba el pliego de brillantes grandes cuando Alex, Erdavide y Retamero fueron á Passy para entregarlo?

Retamero. Alex.

Brasca. ¿Cuándo le enseñó Boet las contraseñas de don Carlos, y cuántos billetitos había?

Retamero. En Paris, en casa de Mr. Girard, me enseñó dos ó tres, que eran *tenas*, todos en Madrid.

Brasca. ¿Cuántas cartas escribieron el 10 de Abril entre las finjidas y auténticas?

Retamero. Seis.

Brasca. ¿Quién pagó á Boet el gasto del viaje á Italia?

Retamero. La embajada española de Paris, la cual le dió tambien cartas de recomendacion para el conde Coello, ministro de España en Roma.

Dugnani se levanta:

—Diga ahora el señor Boet ¿qué reservas eran aquellas que hacía sobre ciertos puntos de su relación?

Boet. Voy evacuándolas á medida que los testigos se presentan, y conste que diré cuanto sea necesario.

Fiscal. Que se escriba esto en el Acta.

Presidente. ¿Tiene Boet algo que decir sobre Retamero?

Boet. Dos palabras. Lo único que se me ocurre es decir, que de mis declaraciones y papeles, de todo lo dicho y presentado por Retamero y de algun documento que presentarán oportunamente mis defensores, los señores jurados formarán juicio sobre lo que vale ese testigo.

Se introduce el ama de llaves del Hotel de la Ville, Elisa Buchner, que acaba de llegar de Ginebra. Despues de las preguntas de costumbre, se le ruega que explique lo que sepa.

Buchner. Siendo ama de llaves en el Hotel de la Ville, en 1877, Boet estaba allí con don Carlos, y había una señora jóven que no hablaba sino alemán, y que se hizo inscribir con el nombre de baronesa tal, la cual se parece al retrato que me enseñan. Recuerdo que el día antes de partir esta señora, don Carlos se hallaba en la estancia de ella, y yo en la contigua; y habiendo oido disputar, escuché, y oí que la baronesa decía poco más ó menos estas palabras: *si pudiese creer que de esto me había de resultar algun daño, me mataría.* Despues don Carlos la preguntó en voz baja, y la baronesa repitió que se mataría.

Presidente. ¿Contó esto á alguno?

Testigo. Sí; al señor Baer y á alguna otra persona.

Presidente. ¿Lo dijo al juez?

Testigo. Sí.

Presidente. ¿La primera ó segunda vez?

Testigo. La segunda.

Presidente. ¿Por qué no la primera?

Testigo. Porque no me lo preguntaron.

Presidente. ¿Se escribió esto?

Testigo. Un amigo lo escribió y yo lo firmé.

Presidente. ¿Por qué lo escribieron?

Testigo. Porque en el cuarto vivía una señora sola.

Presidente. No se le pregunta esto.

Testigo. Me lo hice escribir para declararlo mejor.

Presidente. ¿Pues por qué no lo declaró la primera vez?

Testigo. Porque no me lo preguntaron. Yo la segunda vez no quería presentarme; pero me dijo el juez que escribiese mi declaración, y que entonces él la recogería, y así fué hecho.

Presidente. ¿De qué hablaban don Carlos y la baronesa?

Testigo. Hablaban...

Presidente. ¿Hablaban de qué?

Testigo. Hablaban de una condecoración, y por esto yo creí despues que la baronesa había robado, ó tenía el Toison, y así lo dije.

Imensa sensación; el Fiscal se pone pálido; el Presidente se altera; Brasca palidece y gesticula; los periodistas se agitan; la emoción es grande en la audiencia.

Presidente. ¿Hablaban del Toison ó de una condecoración?

Testigo. De una condecoración; pero yo deduje que era el Toison.

Fiscal. ¿Pues cómo no lo dijo usted al juez?

Testigo. Porque imaginé que si lo decía, no me dejarían ya en paz; y como yo no quería verme en estas cosas, lo callé.

Fiscal. ¿Lo dijo á otras personas á raíz del suceso?

Testigo. Sí, señor. Al señor Baer, director del Hotel de la Ville, al secretario y á otro.

Fiscal. ¿Dice usted la verdad?

Testigo. Digo la verdad, y nada más que la verdad.

Presidente. ¿Se acuerda usted del juramento y de las penas contra los testigos falsos?

Testigo. Sí, señor; y repito que he dicho la verdad.

El Presidente, con saña. Acuérdesse la testigo de que hay pena de presidio para los que aquí mienten.

Testigo. No lo olvido, señor Presidente. Pero no temo nada, porque digo lo que pasó.

Fiscal, lívido de cólera. Que se la amoneste otra vez.

La Buchner. Es inútil. Sostengo que don Carlos y la baronesa hablaban de una condecoración.

Dugnani. Pido que se pregunte al señor Boet si es cierto que dijo una vez que había oído hablar de las noticias que tenía esta ama de llaves.

Boet. Cuando estuve en Roma, oí decir en la colonia española que un camarero, no camarera, del Hotel de la Ville, había oído toda la conversación de don Carlos con la baronesa sobre el Toison, y se lo escribí á Retamero, quien ha presentado la carta á la justicia, y así consta en autos.

Presidente. Diga la testigo: ¿Le habló nunca alguno para que declarase en este ú otro sentido?

Testigo. Nadie.

Fiscal. Pido que la testigo quede incomunicada en el palacio, hasta tanto se averigua si refirió á las personas designadas que la baronesa y don Carlos hablaban de una condecoración.

Presidente. Así se hará.

La testigo sale dejando al público presa de una emoción indescriptible, y como es la una, se suspende la sesión hasta las dos.

A esta hora se continúa la sesión, y se hace entrar de nuevo á la testigo, á quien se ruega que hable en francés. El Presidente le pregunta si insiste en lo que ha declarado sobre que el juez la invitó á escribir aquellas palabras, y que don Carlos y la baronesa hablaban de una condecoración.

Testigo. Sí, señor.

Presidente. Pues que entre el juez Prampolini.

Ronchetti. Una sentencia del Tribunal de Apelación de Turin, niega que pueda hacerse esto.

Presidente. En tal caso que se deje en libertad al señor Prampolini y que entre el señor Baer.

El Alguacil. Está ausente de Milan. Pero ha comparecido el secretario del hotel.

Presidente. Que entre.

El testigo se presenta, y despues de las formalidades correspondientes, el Presidente le pregunta:

—¿En 1877, á mediados de Diciembre, estaba en el hotel una señora llamada baronesa de Samoggy?

Testigo. Sí, señor.

TOMO II.

Presidente. ¿Tenían relaciones don Carlos y la baronesa?

Testigo. No lo he visto. Pero al llegar la comitiva de don Carlos, preguntaron si había llegado ya una baronesa.

Campi. Que se consigne esta respuesta en el acta.

Presidente. ¿Le dijo á usted la testigo Buchner que la baronesa en aquella escena con don Carlos había hablado de una condecoración?

Testigo. No lo recuerdo; pero puede ser, puesto que ni siquiera recuerdo si la escena del cuarto me la contó ella ó Mr. Baer.

Presidente. ¿Qué dice la señora Buchner?

Testigo. Que se lo dijo también á él. Lo recuerdo bien. Pero hace tanto tiempo, que no lo tengo presente.

El Presidente despide al testigo, hace retirar al ama de llaves, y manda entrar un faquin del albergó de Venecia. El Presidente le hace algunas preguntas insignificantes, y quiere despedirle, olvidándose de lo mejor.

Pero Ronchetti se levanta, y dice:

—¿Estaba con don Carlos una señora llamada baronesa de Samoggy?

Testigo. Sí, señor; la he visto varias veces en el mismo cuarto de don Carlos, como que cuando se bañaban lo hacían en el mismo aposento y yo les llevaba las bañeras.

Grandes risas: movimiento general.

Ronchetti. ¿Era una cosa pública?

Testigo. Creo que sí.

Ronchetti. ¿Comía con él?

Testigo. Me parece que no.

Fiscal. ¿Salía á paseo con don Carlos?

Testigo. No lo sé.

Despues de una observación del acusado, que niega que la baronesa llegase á Venecia unas horas antes que los demás, el testigo se retira, quedando libre.

Entra otro testigo, don Carlos Calderon.

Presidente. ¿Por qué le pidió dinero Boet?

Testigo. Porque no tenía.

Grandes risas.

Presidente. ¿Para quién lo pidió?

Testigo. Para sí y su familia.

Presidente. ¿Ha pedido don Carlos dinero prestado á otros?

Testigo. No.

Presidente. ¿Sabe si don Carlos se hallaba alguna vez en apuros de dinero?

Testigo. No lo sé.

Presidente. ¿Ha oido hablar del hurto del Toison?

Testigo. Sí: á don Carlos, y despues he leído las cartas de Boet sobre el particular.

Presidente. ¿Cree que el hurto fué verdadero?

Testigo. Sí.

Fiscal. ¿Qué ha oido decir de los antecedentes de Boet?

Testigo. Que lo habian echado del ejército por desfalcos en la caja.

Boet. Todo esto es falso, y yo protesto de ello, porque jamás he tenido cuestiones de caja.

Presidente. ¿Sabe si don Carlos ha debido dinero á Ceballos?

Testigo. No lo he oido decir.

Presidente. ¿Es cierto que habiéndole algunos carlistas hecho pasar por traidor en el fouburgo San German de París, don Carlos no lo defendió á pesar de ser amigo particular suyo?

Testigo. Hubo algo. Pero al fin don Carlos me escribió desde Gratz.

Boet. Sí. Gracias á mi intervencion y esfuerzos.

Presidente. Todo esto no vale nada.

Boet. ¡Ah! ¿no vale nada? Esto demuestra lo villano que es don Carlos.

Se despide al testigo, dándole por despachado, y entra la señorita Gigola, que declara sobre el incidente de las cartas del falso Bourgade.

Presidente. ¿Vió abrir dichas cartas?

Testigo. La primera, sí, y el sobre interior iba dirigido al señor Fuentes. La segunda no la he visto abrir.

El fiscal le hace una pregunta.

—Me admira, dice, que dirigiéndose el sobre superior á la testigo, ésta no abriese nunca las cartas.

La *Testigo*, con mucha sorna. Ya. Pero la cosa no tiene nada de admirable. Habíamos convenido en que las cartas para el señor Boet llevarian las palabras *A Gigola*, y como las mias decian *Señorita Adela Gigola*, cuando yo recibía alguna para el señor

Boet, lo conocía en seguida y la conservaba cerrada.

Presidente. ¿Recibió muchas?

Testigo. Muchísimas.

Presidente. ¿Sabe si alguna vez recibió recortes de diarios?

Testigo. No me cuidaba de esto.

Boet se levanta.

—Debo manifestar al señor Presidente, dice, que como la señorita Gigola no tuvo nunca la indiscrecion de preguntarme qué recibía, es natural que lo ignorase.

El señor Paribelli hace como si no comprendiese, y da la audiencia por terminada.

XXVII.

Sesion del 11.—El testigo del dia es Erdavide. No habiéndose podido terminar el incidente de la ama de llaves, por estar ausente el director del hotel, Erdavide ha podido declarar al fin. Este testigo es un carlista acérrimo, capellan de uno de los batallones de Guipúzcoa, y tiene un carácter muy impaciente y seco. Conócese que declara de mala gana: que se ha visto metido en este lio muy á pesar suyo: que está cargadísimo de Boet; pues siente el mal que esta causa hace á su partido; pero que no quiere mentir; que dice lo que sabe y recuerda, y se resigna con su desgracia, aunque con mucha displicencia.

A pesar de esto, sus explicaciones, sus interrogatorios del tiempo de la instruccion, y sus cartas, han producido un grande, un inmenso efecto en todas las tribunas. «Yo estoy dispuesto á morir por V. M. en el campo de batalla, dice en una carta á don Carlos; pero no á mentir. No soy en esto del Toison de V. M., ni de Boet, sino de la verdad.» Y esta carta la presentó el mismo don Carlos al juez, como una prueba contra Erdavide.

El Presidente hace leer una carta del abogado Dugnani, donde manifiesta que el estado de su salud no le permite continuar defendiendo á don Carlos. Brasca anuncia que dentro de un par de dias, le reemplazará otro abogado.

Se introduce el baron Airaldi, cuñado de Galvani, que hace una declaracion insignificante.

Presidente. ¿Oyó decir á don Carlos que el origen del Toison era puercos?

Testigo. No recuerdo.

Presidente. ¿Cómo ha dicho al juez que estaba seguro de que no?

Testigo. En las lenguas que yo conozco no lo dijo. Pero no niego que delante de mí hablase de esto en otra lengua, que yo no conozco, como el español.

Un jurado. ¿Estaba en el hotel con don Carlos una mujer?

Testigo. Ya que he jurado, diré la verdad. Un dia que yo me hallaba de visita en el hotel, don Carlos me dijo que subiría á ver á una amiga suya que estaba en otro cuarto más arriba, y subió y llamó. Salió una señora á abrir, y don Carlos le preguntó en alemán si le había pasado la jaqueca, á lo cual contestó en la misma lengua que estaba mejor; despues de lo cual nos fuimos. Pero yo no ví nunca á señoras en los propios aposentos de don Carlos. No sé más.

Entra el presbítero Erdavide, vestido de sacerdote francés; tiene el tipo navarro; es un tipo vulgar, sério y desapegado. Invitado á contar lo que sepa, hace una relacion en apoyo de lo que refirió Boet. Dice que conoció á este en casa de Alex, donde lo presentó un sacerdote de Tolosa; que poco despues Boet lo envió á Bayona con dos cartas para la señora; que esta le entregó un paquetito, que no sabe qué contenía; que lo llevó á Boet; que despues supo por un diario que á consecuencia de haber vendido unos diamantes las señoras de casa Boet habian sido arrestadas; que envió el diario á Alex, quien le dijo que no sabía nada; que despues Boet y Alex fueron á Tolosa, donde tuvieron varias conferencias, que á consecuencia de estas cosas, el testigo llevó á Boet á casa de un amigo suyo, el sacerdote Matute, que vivía fuera de Tolosa; que despues Boet encargó á Alex que comisionara á un abogado de Tolosa, que llevara los diamantes á don Carlos; pero que habiéndolo el abogado demorado por varias razones, Alex y él hicieron la comision; el señor Esparza les fué á ver en el hotel donde se habian alojado; ellos pasaron despues á ver á don Carlos, y no hallándolo en casa, visitaron á doña Margarita, la cual les pidió los diamantes; pero ellos no pudieron dárselos porque debian entregarlos á don Carlos.

Presidente. Dénos más detalles.

Testigo. Solo puedo decir que don Carlos se mostraba muy conciliador; que Esparza decía tambien que todo se arreglaría; pero luego don Carlos faltaba á la palabra, y lo embrollaba todo. Al principio don Carlos hasta hizo un borrador, donde declaraba que desistía de la causa de Milan. Pero me llamó algunos dias despues á su casa, y me leyó otro proyecto que yo rechacé, porque no estaba concebido en los términos que se había convenido. Nosotros no tratábamos sino de las señoras de Boet que se hallaban en la cárcel, y de sus hijos abandonados; y el señor Boet nos escribía que no nos ocupásemos de otra cosa. Don Carlos fué á corregir el documento con Esparza y un abogado que esperaba allí, y me lo volvió á presentar. Yo lo acepté mediante otras correcciones; pues aunque estaba poco contento de aquel arreglo, comprendí que urgía despachar para sacar de la cárcel á las señoras de Boet. Entonces don Carlos me dijo: Diga usted á Boet que este documento no se mandará á Milan hasta que quede degradado, y me entregue todos los papeles que tiene del partido. Y añádale que *si chista, lo aplastaré.*

Campi. Que se inscriba esto en el acta, como tambien que don Carlos prometía y negaba lo prometido alternativamente.

Un Jurado. ¿Qué carácter tenían las correcciones de usted al acto de desistimiento?

Testigo. No lo recuerdo. Pero el primero decía que don Carlos no había denunciado el hurto para perseguir á los que se hubiesen apoderado del Toison, sino para recobrar la alhaja, que era un recuerdo de familia, y que habiéndosele devuelto los diamantes, retiraba su denuncia. La que despues presentó don Carlos era diferente, y por esto no la acepté sino con muchas correcciones, pues repito que urgía librar á las señoras de Boet.

El Fiscal. ¿Cuándo fué que Boet le reveló á usted la historia que éste cuenta del Toison?

Testigo. Al volver á Tolosa, el general Boet me vió un momento, y me refirió brevemente lo que le pasaba, y me enseñó unas contraseñas de don Carlos, que me parece eran tres, aunque no me acuerdo de detalles, pues yo en todo esto no tomaba interés.